



JUEGO Y AVENTURA

Solo en el espacio, el paracaidista ve debajo de él la tierra que es como un hermoso dibujo multicolor. El paracaidas no se ha abierto todavía: la aventura empieza ahora. La sensación de riesgo lo domina todo. El deportista es como un pájaro que no sabe si sus alas fallarán o no.

La aviación —y ahora la cosmonáutica— ha batido todos los sueños del hombre. En su pasado remoto la Humanidad intentó encontrar la forma de volar, de emular las hazañas de los pájaros. Los griegos, con su mentalidad poética, capaz de reducir todo a símbolos, elaboraron un mito que reflejaba ese sueño: el mito de Icaro, el hombre que quiso volar con unas frágiles alas de cera y que, por acercarse en demasía al Sol, encontró la muerte estrellándose contra el suelo. No ha habido





“vd. me conoce,
mi nombre
es chesterfield

*(“Chester,” para
los amigos)”*



Encienda un Chesterfield. Disfrute del pleno sabor de tabacos seleccionados, curados y mezclados con el mayor esmero para ofrecerle un sabor mejor. En España,

Chesterfield se fumo más que cualquier otro cigarrillo americano porque... ¡satisface! Chesterfield sólo se fabrica en los Estados Unidos.

JUEGO Y AVENTURA



época, no ha habido sociedad en la cual alguien no haya tratado de realizar el viejo deseo. Visionarios medievales, Leonardo da Vinci —que diseñó la primera máquina voladora—, primeros intentos aerostáticos, hasta llegar a nuestro siglo en el que los avances de la técnica permiten que el hombre pueda, por fin, dar cuerpo a aquella ancestral aspiración.

Pero la aviación no basta: el hombre quiere sentir su cuerpo libre en el espacio. El paracaidismo, que nació primero como una medida de seguridad, que luego se convirtió en una formidable arma guerrera, se ha convertido ahora en un deporte. Con una protección mínima, el hombre juega contra la Naturaleza. El paracaidismo se ha convertido en uno de los deportes más de moda

SIGUE

Cogidos de las manos, los paracaidistas parecen despedirse deseándose buena suerte. Una despedida o un ballet improvisado, cuyo final acecha detrás del menor descuido y supone la muerte.

la alegre
bebida
del
verano...



... en sus mejores días, no pierda la oportunidad
de saborear la deliciosa

SIDRA CHAMPAN

El Gaitero

Famosa en el mundo entero



JUEGO Y AVENTURA



Con los brazos abiertos, el paracaidista apunta hacia el objetivo señalado: un círculo de terreno, previamente acotado, en donde su habilidad debe hacerle posarse suavemente.

en las sociedades altamente desarrolladas, en donde el ritmo de la producción, las crecientes necesidades —naturales o artificiales del individuo—, van creando un vacío que necesita ser llenado con algo, no importa con qué. Los tímidos prefieren las drogas, los audaces la velocidad, los deportes que comportan un riesgo.

No hay límite de edad en los practicantes del paracaidismo deportivo, aunque el promedio sean los veinticuatro años. Samuel H. Beer, norteamericano, de cincuenta y cinco años, abuelo y profesor en Harvard, que es un forofeo de este deporte, se ha expresado así: «El paracaidismo es un deporte muy civilizado, el deporte más civilizado. Es natural que viniese de Francia, el país de la racionalidad. La civilización se manifiesta en el uso de la razón para el control de la emoción. Cuando saltas tienes que emplear la cabeza para vencer el pánico, y cuando uno ya es diestro en el deporte, la negligencia y la pereza. Es algo muy privado, algo que haces por ti mismo. Una vez que saltas del avión, te sientes seguro y libre». En la última parte de las declaraciones de este aficionado norteamericano hay algo muy interesante: la descripción del paracaidismo como

SIGUE



” sabe lo que hace ” (un hombre deportivo)



Mi nombre es Modesto Roger y soy submarinista. Una afición emocionante y sugestiva, que exige el empleo de un buen reloj. Pero los clásicos relojes de inmersión, no resultan adecuados fuera del agua. Por esto tengo un RADIANT-BLUMAR. Es perfecto bajo el agua y fuera de ella, es un reloj serio y elegante.

**RADIANT
BLUMAR**

Cierre "COMPRESSOR". Autenticamente sumergible. Automático por rodamiento a bolas. Carga al mínimo movimiento. Garantía absoluta.

Un reloj elegante que resiste las más duras condiciones.

JUEGO Y AVENTURA



un deporte cien por cien individualista. La sensación que acompaña al hombre que salta es de soledad, una soledad erizada de peligros, pero por eso mismo más llena de atractivos para el que tiene la audacia de dejarse caer al vacío.

El paracaidismo de exhibición tuvo su época dorada en el período de entreguerras. Por aquel entonces, y sobre todo en USA,

miles de hombres se jugaban la vida realizando demostraciones de habilidad en aeródromos llenos de gente dominada por sensaciones que iban, desde los que se morían por el placer morboso de ver a un semejante correr el riesgo de romperse la crisma, hasta aburridos paseantes domingueros que distraían su tedio yendo a ver saltos arriesgados igual que podían ver una carrera de

Todo va a terminar ya. La fase final del descenso requiere, del ejecutante, unos músculos bien entrenados, gran flexibilidad y habilidad suprema en el manejo de la seda flotante que, con un movimiento falso, puede convertirse en una trampa mortal.

SIGUE



JUEGO Y AVENTURA

Cuatro hombres en el vacío. Una de las demostraciones de la habilidad de un paracaidista es retardar, en lo posible, la apertura del paracaídas. En un tiempo los paracaidistas profesionales —que llegaron a apasionar una época— jugaban con el terror y la morbosidad de un público ávido de sensaciones fuertes. Es una prueba que resisten sólo hombres con nervios especialmente bien templados, pero que da una espectacularidad especial a este deporte.

caballos. Un ambiente que un gran novelista norteamericano —William Faulkner— describió en una de sus primeras obras: «Pylon». Hoy el paracaidismo de exhibición ha decaído y en su lugar queda el paracaidismo como «hobby», como distracción, un poco como antaño fue la pintura para los honrados mesócratas que a falta de algo mejor que hacer en los días de asueto se dedicaban a emborronar lienzos en las tranquilas márgenes del Sena, entre los pinos del Guadarrama o en las luminosas orillas del Mediterráneo. No cabe duda que saltar de un avión con un paracaídas comporta infinitos más riesgos que ser pintor de domingo. Y es, sobre todo, un síntoma más agudo del malestar de una sociedad, de la imperiosa necesidad de evasión de una realidad demasiado monótona. Los paracaidistas deportivos parecen cambiar el viejo lema nietzscheano, en un cierto sentido: en vez de «Vivir peligrosamente» parecen decir «Distraigase peligrosamente». No cabe duda que estos hombres saben hacerlo.

(Fotos Jerry Irwin y Jack Zehri-Zardoya)